



La piedra austera y fría del monasterio encierra un apasionante laberinto de aparentes contradicciones que ponen a prueba a quienes se adentran en él.



## El neoplatonismo

La iconografía escorialense se desarrolla a partir de tres núcleos generadores: las directrices emanadas del concilio de Trento relativas al culto y la disposición de los altares; las imprescindibles series de las vidas de Cristo y María, distribuidas por el claustro principal; y, finalmente, la simbología diseñada específicamente para el monasterio.

La arquitectura de El Escorial fue concebida en el seno del neoplatonismo; así su articulación se corresponde con la de una vía iniciática oportunamente señalizada por la decoración y por las propia disposición de las estancias, convertidas a su vez en símbolo de los progresivos niveles de conocimiento y realización personal que se van alcanzando y atravesando. Al primer estadio (el de la ciencia, la razón humana, las medias y proporciones...) corresponde la puerta principal de poniente que da acceso a la biblioteca, cuya decoración es una deslumbrante explosión de luz y color que ciega momentáneamente a la mirada que, proviniendo de la extrema y gris austeridad exterior, nada sospecha de tan repentina mutación estética. Pero la ciencia se topa con sus propios límites al intentar traspasar la frontera de oscuridad que, trascendidas las manifestaciones fenoménicas, envuelve a la comprensión integral de la naturaleza y del ser humano y su destino trascendente. Este segundo episodio de la progresión neoplatónica tiene su asiento arquitectónico en el sotacoro. Tesis (luz), antítesis (oscuridad) y síntesis (la oscuridad luminosa)... La tercera y última etapa del viaje iniciático implica la transmutación de la ciencia en una luz distinta, la que ilumina la ventana del Sagrario situado en el extremo este, por donde el sol vuelve a levantarse cada día; significando la revelación trascendental materializada en el retablo mayor, cuya decoración tanto pictórica como escultórica, glosa el tema supremo de la Eucaristía y se encuentra ya en el palacio del rey.

Las piedra austera y fría del monasterio encierra un apasionante laberinto de aparentes contradicciones que ponen a prueba a quienes se adentran en él con el espíritu de los buscadores de conocimientos trascendentales. Todo en él contiene un significado que eleva de nivel la mente y el alma de quien logra descifrarlo.

aceleración en el ritmo del cambio de las mentalidades, no dejan de convivir con elementos aún activos y lejos de convertirse en caducos vestigios.

Felipe II se nos aparece, pues, como príncipe del Renacimiento, pero también como sedentario peregrino milenarista, siempre a la caza de nuevas reliquias, de las que reunirá una sorprendente cantidad y variedad en El Escorial, y cultivador de saberes ocultistas cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. De hecho, las primeras piedras del monasterio y la basílica escorialense se colocaron según las diversas cartas astrales que para la buena ventura del monumento se habían confeccionado. "Son aparentes contradicciones de Felipe II y de su época que hay que explicar a la luz de su biografía y de la cultura de su momento, en que la naturaleza de las cosas visibles e invisibles se vivía como un único impulso vital".

El primer arquitecto de El Escorial, Juan Bautista de Toledo, reunía en su rica y compleja personalidad las caracte-

terísticas atribuibles a un genuino "uomo universale" renacentista; versado en filosofía neoplatónica y ducho en latín, griego y matemáticas, había sido colaborador de Miguel Ángel en el Vaticano.

Su amplio conocimiento de la simbología sagrada y clásica le sitúa en la estela de Vitrubio, Serlio y Palladio. Además, en Nápoles se había iniciado en el lulismo, corriente bajomedieval que tiene su crisol en la fascinante obra del religioso mallorquín Raimundo Lulio; y donde, sin solución de continuidad y con gran naturalidad, se mezclan filosofía, magia, astrología y misticismo.

Tras cinco años durante los que apenas se habían realizado los cimientos del edificio, Juan de Herrera se hace cargo de la dirección de una obra que aún tardaría quince años en culminarse. La influencia de este personaje en la Corte fue incluso superior a la que un siglo después ejercería Velázquez.

Juan de Herrera no sólo se desenvolvió como arquitecto del rey, sino que también actuó como consejero y confidente.

**Tras cinco años durante los que apenas se realizaron los cimientos del edificio, Juan de Herrera se hace cargo de la dirección de la obra**

Está documentado que acompañó a Felipe II cuando este fue coronado rey de Portugal; una serie de interesantes edificios constituyen el rastro que dejó su presencia en Lisboa. Redactó, asimismo, un tratado cuyo título resulta tan sugerente como revelador: *Discurso de la Figura Cúbica según el Arte de Raimundo Lulio*. "Juan de Herrera, en pleno vigor renacentista, traduce a arquitectura sagra-

da el ansia de armonía y proporción de su tiempo. (...) Aquí se encuentra la razón profunda de su arquitectura, grandiosa y monumental, pero seca, desornamentada y esencialista, una arquitectura severa que sirve de soporte a una brillante decoración simbólica, colocada en aquellos puntos donde debe estar para la interpretación del edificio".